

Sobre Étienne Tassin

Étienne Tassin (1955-2018) fue un gran filósofo y pensador francés que se inspiró en las obras de Hannah Arendt, Maurice Merleau-Ponty, Jan Patočka, entre otros, para crear una fina fenomenología política que lo ayudara a reflexionar sobre los asuntos más urgentes de nuestro tiempo. Discípulo de Miguel Abensour, compañero de Étienne Balibar, Martine Leibovici, Numa Murard y tantos otros, Étienne podría haber elegido un destino brillante en el centro de la academia francesa. Sin embargo, privilegió siempre dos cuestiones: dedicar su tiempo y su pensamiento a formar estudiantes (especialmente provenientes de las periferias) y a pensar los fenómenos más apremiantes de nuestra contemporaneidad. Quienes quieran conocer su obra encontrarán a un fino lector de la filosofía política contemporánea pero también a un autor que moviliza los aportes más importantes de esta tradición y los hace suyos por amor al mundo y a los hombres que habitan un presente sombrío pero nunca desesperanzado. Es por eso que elegimos, para esta sección, una *perla* que nos dejó en una de sus últimas intervenciones. Escrito junto a Camille Louis –cineasta y activista por los derechos de los exiliados– este texto representa una serie de intervenciones públicas que el filósofo realizara en el contexto de la llamada “crisis migratoria” denunciando la política de exclusión y expulsión de Europa y en particular de la República francesa, que le valiera grandes críticas por parte de colegas y políticos. Consideramos este tipo de intervención e involucramiento uno de los gestos más arendtianos del autor y elegimos recordarlo de este modo.

Presentación

Los Justos de Calais es uno de los textos que publicamos en co-autoría con Étienne Tassin en la edición de nuestro blog: “La jungla y la ciudad”. El modo en que en 2016 presentamos ese espacio de escritura y nuestras motivaciones sigue siendo, incluso hoy, la forma más justa y fiel de introducir este artículo en

particular. Retomar aquí esta descripción me permite continuar cruzando mis palabras con las de Étienne, cuya pérdida nunca significará desaparición u obliteración. Étienne permanece: cada rastro de su trabajo y compromiso cuenta y debe ser contado. He aquí una portada del “pasado que no pasa” y sigue abriendo futuros deseables:

2016: El espacio de escritura que abrimos aquí es a la vez un nuevo comienzo y una extensión de una acción realizada durante un año con un grupo de estudiantes de nuestro seminario de Maestría *la otra Europa, Europa de los otros*, con los que hemos venido regularmente a Calais, a la “jungla”¹ como a la “ciudad”, tratando de ver “más” de lo que representan los medios dominantes o los informes de los observadores oficiales. Múltiples asociaciones presentes en el territorio asumen un notable trabajo de necesaria contrainformación, relatando tanto la vida en el campo como las acciones de un gobierno que parece querer ponerle fin por todos los medios. Este trabajo local es esencial y sólo puede ser realizado con tanta precisión por personas que residen durante mucho tiempo en la “jungla” o sus alrededores. Para nosotros, que veníamos “temporalmente”, que transportamos, indefectiblemente el lugar desde el cual miramos y hablamos –entre filosofía y dramaturgia, entre Calais y las capitales europeas– se trató sobre todo de hacer de este “interior-exterior” el punto de otra mirada y de otra narración de la situación. Se ha tratado, y se trata todavía, de intentar dar otro testimonio de lo que se plantea colectivamente, tanto para los europeos como para los inmigrantes que los Estados de la Unión Europea expulsan de sus fronteras, como política común. Cuestión política de nuestro mundo común que no se puede dejar en manos de los autores-técnicos que se esfuerzan a través de su autoridad por hacer reinar el mundo del Uno. Un mundo deshecho de la multiplicidad de los mundos que lo componen y que se revela más inmundo día tras día, especialmente a la luz de la «crisis migratoria». Debajo de este mundo que se cierra y se encierra sobre una identidad que eventualmente lo hará estallar, hay una multitud de singularidades; la “multitud” de recorridos singulares que tejen hoy, en las fronteras interminablemente trazadas de “jungla” y “ciudades”, de “tierras” y “océanos”, algo

¹ “Jungla” es el nombre otorgado por los medios de comunicación para nombrar el campamento montado por los exiliados que buscaban pasaje hacia Inglaterra.

así como un “pueblo” cosmopolita y un espacio político a poblar. Este espacio no es solo obra de “migrantes” a quienes tendemos a reducir a imágenes congeladas de víctima o héroe. Es el hecho de todo lo que se sitúa y se construye “entre”. Entre sujetos iguales, de aquí y de otra parte, que todavía pueden crear lugares de encuentro y relaciones de calidad.

En Calais están únicamente «los emigrantes» y los «calaisianos enojados» que corren constantemente el riesgo de masacrarse. También están quienes, sin formar parte necesariamente de una asociación o estar comprometidos en una acción cotidiana, “viven” con los migrantes. Que hoy prestan atención a estas “subjetividades cualesquiera” y a los gestos frágiles con los que ellas/nosotros intentamos permanecer “de pie” sobre un suelo que no deja de romperse, de ser desangrado por fronteras que trazamos sin saber en nombre de qué límites se hace. Es a la historia de todas estas vidas invisibles a la que queremos dar un espacio aquí, “visitando” regularmente Calais, escuchando estas múltiples voces e invitando a estos oradores heterogéneos a contar sus historias. A contarnos. Habitantes de la “jungla”, habitantes de la “ciudad”: juntos se habita una “zona de frontera” que, a pesar de todo, sigue siendo un lugar de vida compartida. Una vida que testimonia un mundo en proceso de desmoronamiento y que podemos intentar hacer perdurar de otra manera. Invitaremos a diferentes testigos a unirse a nosotros, residentes de Calais o de otros lugares, europeos o extraeuropeos, estudiantes, activistas, artistas, filósofos, transeúntes atentos... Las historias se cruzarán y se distinguirán a partir de un punto de partida común: visibilizar lo que las políticas de Estado tienden a ocultar o a representar de una forma que equivale a invisibilizar, a no poder ver: “Migrantes”, “ciudadanos”; “víctimas”, “verdugos”... No pretendemos ser nuevos expertos en la situación. Simplemente pensamos que hay una cuestión para mirar y hablar desde saberes singulares que, –mientras todo tiende a vigilar las entradas y salidas– se dediquen a cuidar la circulación de relatos “entre” lugares que, por ser distintos, no dejan de ser vecinos. “Entre” territorios hábilmente cerrados, se yergue y puede expandirse el espacio de un común que nos corresponde hacer existir. Aquí viene la primera contribución. Otros seguirán, sin adoptar el ritmo de las ignominias denunciando y negándose a cumplir con la “urgencia” bajo la cual la política oficial sitúa toda nuestra relación

con el tiempo. Nos tomaremos aquí el tiempo que toman las vidas persistentes; nos tomaremos el tiempo de escribir o contar historias de estas existencias que otros quieren “tratar” rápidamente. Textos extensos, textos complementados con otros documentos (imágenes, entrevistas sonoras, etc.), documentos de nueva producción... el espacio de escritura encontrará su forma y su materia a medida que lo vayan poblando los diferentes hablantes. Una forma-materia que dice, sin duda, un mundo que todavía tenemos derecho a imaginar... Empecemos.”²

Camille Louis

² <https://blogs.mediapart.fr/edition/la-jungle-et-la-ville-camille-louis?page=2>

Los Justos de Calais

Camille Louis y Étienne Tassin³

La ley antiterrorista que perpetúa el estado de emergencia entró en vigor ayer. Autoriza a los prefectos⁴ a establecer "perímetros de protección" en los que la policía tiene poderes excepcionales para controlar a la población. Estas medidas se utilizan para acosar a los exiliados. En cambio, algunos habitantes de Calais perpetúan un estado de confianza permanente a través de la práctica de la hospitalidad.

Justificado por una supuesta ley antiterrorista, el estado de excepción convertido en régimen de derecho común sirve para fines totalmente distintos a la lucha contra el terrorismo. Entre otras cosas, permite que las llamadas fuerzas del orden ejerzan un terror sistemático contra los exiliados, que son tan responsables del terrorismo como las aves migratorias lo son de los cazadores o el coro de niños de la *croix de bois* lo son de los curas pederastas. Una confusión esconde otra: se hace pasar medidas despiadadas como dispositivos de seguridad y a los exiliados pacíficos y generalmente benévolos, que ya son víctimas de la violencia terrorista o económica en sus propios países, se los hace pasar por delincuentes peligrosos que deben ser eliminados mediante el terror sistemático. El objetivo de la ley antiterrorista es, pues, legitimar el terrorismo de Estado.

³ Agradecemos a Camille Louis, a Louise Tassin y a todos los dueños de los derechos de Étienne Tassin por permitirnos publicar esta traducción del texto que ha aparecido en francés en <https://blogs.mediapart.fr/edition/la-jungle-et-la-ville-camille-louis?page=2>

⁴ [N. del T] Prefecto en Francia es el representante y la autoridad política de un departamento o región.

Estado de emergencia y “asentamiento”⁵

Esto se observa frecuentemente en Calais y en toda la región. El estado de emergencia se utilizó, por ejemplo, para autorizar redadas masivas contra los exiliados en el bosque de Puythouk en Grande-Synthe bajo el pretexto de los controles de identidad.⁶ El viernes 27 de octubre, la policía de Calais despojó de sus últimas pertenencias a los jóvenes oromos que durante un tiempo, se habían refugiado bajo uno de los puentes de la ciudad. Sus posesiones se amontonan en contenedores de basura para ser destruidas. La policía incluso llegó a registrar los escondites donde se guardan las bolsas que contienen algunos vestigios de los distintos naufragios: un recuerdo del país, un objeto favorito, unas gafas, los pocos papeles que conservan, un teléfono o unas cartas. Toda una vida, o los restos de ella, que hasta ahora se han salvado, desaparecen. El terror quiere hombres desnudos, indigentes, expuestos, frágiles. Ello los lleva al borde de la muerte. Esto es también lo que ocurre cada día y cada noche desde hace meses en Calais: con el pretexto de impedir “cualquier punto de asentamiento” de los exiliados en la región, se les somete a un terror policial sistemático que el reciente “Informe de evaluación de la acción de las fuerzas del orden en Calais y en Dunkerque”⁷ trata de no nombrar, intenta minimizar o incluso ocultar.

En Calais, pero también a lo largo de la costa, la policía republicana lleva a cabo todas las noches persecuciones apenas imaginables para prohibir cualquier asentamiento de los exiliados en el lugar, en el páramo, en los bosques de los alrededores, o incluso en las eventuales casas ocupadas (*squats*) de la ciudad. Esta es una obsesión extremadamente grave. Prescinde de cualquier política, sustituyéndola por la violencia policial: acosar, herir, humillar, agotar, perseguir

⁵ [N. del T] Traducimos “*Point de fixation*” como asentamiento. Pero la expresión va más allá de un asentamiento ilegal. El término utilizado por la administración francesa y por las fuerzas del orden, que se traduce literalmente como *punto de fijación* hace referencia a aquello que se intenta evitar: que los migrantes se establezcan en un lugar fijo en territorio francés, que encuentren allí un lugar estable para desarrollar su vida, un domicilio fijo que podría llevar, en última instancia a reclamar residencia.

⁶ Ver:

<https://blogs.mediapart.fr/edition/la-jungle-et-la-ville/article/251017/repression-depression-bulletin-meteo-de-la-semaine-du-18-au-24-calais>

⁷ Ver:

<https://www.interieur.gouv.fr/Publications/Rapports-de-l-IGA/Rapports-recents/Evaluation-de-l-action-des-forces-de-l-ordre-a-Calais-et-dans-le-Dunkerquois>

casi sin descanso a los niños. En un momento en el que el acoso sexual es denunciado justamente, el Estado radicaliza la violencia e intensifica el acoso moral y físico a los exiliados. Los jóvenes, en su mayoría menores de edad, se ven privados del sueño por las redadas de la policía que los persigue por el bosque, los despierta con brutalidad, gasea sus bolsas de dormir y su ropa, los refugios y su comida, les roba los zapatos y, a veces, con demasiada frecuencia, los golpea, rompiéndoles las piernas o las muñecas. Estos abusos están documentados, son habituales y se repiten desde hace meses.

El Estado finge creer y pretende dejar claro que ninguna otra medida es posible en Calais o Grande-Synthe, que el terror disuade y que pronto, debidamente informados en el desierto libio de la cruel inhospitalidad del litoral francés, los exiliados encontrarán refugio y un cruce en otro lugar. Calais ya no será un "punto de asentamiento". Este cálculo es falso: mientras Dover esté a las puertas de Calais, Calais será la puerta de Dover y los exiliados que crucen hacia Inglaterra llegarán a Calais. Este cálculo es una estupidez: se jactan la disminución del número de cruces, la reducción de la cantidad de contrabandistas, la reducción de los bloqueos en la carretera de circunvalación, etc., no obstante el costo financiero y humano es exorbitante y el número de fuerzas policiales movilizadas aumenta constantemente. Pero sobre todo, dicho cálculo es criminal: arruina la república, los derechos, la democracia y abre el camino al fascismo de Estado. La radicalización del terror y el acoso moral y físico son las únicas respuestas del llamado Estado "de derecho" constitucional a la demanda de los exiliados de que se les conceda el derecho de paso o de residencia.

Las noches y los días

Las noches de Calais están compuestas por el terror organizado, las calles, los páramos y los bosques son atravesados por hordas bárbaras que cazan a los exiliados como lo hacen esos perros que sus amos excitan para la matanza. Cuando llega el amanecer, la noche no acogió los sueños; la policía por su parte propagó las pesadillas destinadas a destruir los sueños de la hospitalidad. Durante el día, afortunadamente, admirables hombres y mujeres de Calais hospedan a estos jóvenes en sus casas para ofrecerles un poco de sueño, proporcionarles

provisiones, reparar o reponer sus ropas, darles otros pares de zapatos que, al llegar la noche, la policía les robará después de golpearlos.

Hemos conocido a varios de estos hombres y mujeres a los que los jóvenes exiliados llaman papá, mamá o abuela y de los obtienen devoción, hospitalidad, confort moral y psicológico, pero también una cama, una ducha, un enchufe, una camisa... Los acogen durante unas horas, unos días, unas semanas. Tienen lo que los exiliados necesitan pero, sobre todo, se hacen tiempo que sacan de sus vidas, para ofrecerles y brindarse. Generalmente tienen una edad respetable, como decimos eufemísticamente, y son a la vez frágiles y fuertes, débiles y poderosos, ellos son hermosos y ellas hermosas. Les habita una fe, tan sorprendente como admirable, en la humanidad, que los garrotes no pueden dañar ni debilitar, y que, por el contrario, consolidan: pues cada golpe que, por la noche, hiere a un niño magullado y socava un cuerpo agotado, fortalece, cuando llega el día, a los corazones heridos de los anfitriones calasianos y reaviva en ellos el espíritu de devoción. Estas mujeres frágiles y valientes –la Penélope invertida de una antigua leyenda que habla de la hospitalidad mediterránea– cosen de día los tejidos que los hombres viriles y brutales, blindados y equipados con armas letales, desgarran de noche. Estos hombres a los que la sociedad de la innovadora nación emergente suele considerar, por su edad o estilo de vida, como lentos o desviados, construyen y reconstruyen durante el día los hogares efímeros que permitirán a los exiliados evitar la locura durmiendo unas horas.

La mayoría de estas mujeres y hombres son discretos y anónimos, saben que no son muchos pero sí varios, y sin embargo no forman entre ellos un ejército en las sombras, ni siquiera una red clandestina de resistencia organizada. No, cada uno de ellos actúa como consecuencia directa de su afectividad y de la forma en que se ven afectados por esta situación intolerable que el frío estado impone a los niños a los que se les ha quitado todo. Todos ellos saben que están en lo cierto y al servicio de la honestidad, no lo transforman en escuela o milicia. Son invisibles, aunque nunca se esconden. En estos tiempos republicanos, en los que resurgen las peores costumbres de un mundo que se creía acabado en Europa, hay Justos en Calais.

La sociedad de los Justos

La sociedad invisible de los Justos nos da esperanza. En su fragilidad, es más fuerte que los garrotes. Porque su potencia reside en su debilidad, en su desorganización, en su diversidad, en su fragmentación. No es eficiente. Ciertamente, el Estado tampoco escatima sus fuerzas, al enviar constantemente refuerzos de CRS⁸ para rastrillar los bosques gastando millones de euros para reprimir a los exiliados que podrían invertirse en la construcción de centros de hospedaje, en beneficio mutuo de calasianos y exiliados. El Estado gasta sin reparos en alambre de púas, bombas de gas lacrimógeno y otros equipos represivos, en salarios y recursos: todo ello es irracional, por no decir delirante, y en todo caso improductivo y destructivo. Pero los Justos no son eficientes en otro sentido: no cuentan su tiempo, no ahorran sus fuerzas, no racionalizan su vida, no calculan los gastos, no especulan sobre el futuro. Ellos y ellas dan en el presente; presentan y hacen un presente (regalo) de su tiempo. Construyen un presente de humanidad y lo hacen perdurar repitiéndolo cada mañana: esta mañana recibirán a Ali o a Rachid, mañana a Mohammad o a Virna. Viven el día a día y cada día desafían el tiempo repitiendo esos gestos que salvan y devuelven la vida. Este presente que reinventan, esta entrega de su tiempo a los exiliados, es también para nosotros que los fuimos a conocer, y para todos los que todavía se preocupan un poco por la política, es decir, por la hospitalidad

¿Debemos cuestionar su eficacia? ¿Debemos contrastar la suma de desgracias que las fuerzas del orden esparcen cada noche con el modestísimo recuento de las pequeñas alegrías que los Justos proporcionan cada día? ¿Y debemos decirnos a nosotros mismos que uniéndose, organizándose, creando una oficina, un centro de inversión, recaudando fondos y juntando iniciativas dispersas, aumentarían su fuerza y su productividad? Sería razonar al revés, como hacen los "economistas", ya sean empresarios o ministros del interior. Sería creer que la llamada productividad es la vara que mide la eficacia de una acción; sería reproducir la lógica contable que obliga a la policía a dar cifras y que justifica la criminalización de los Justos. El poder de la sociedad invisible de los Justos es literalmente ser

⁸ [N. del T] Compañía Republicana de Seguridad, es una de las fuerzas de seguridad de la Policía Nacional francesa, destinada generalmente a reprimir motines y disturbios.

incalculable: una sociedad de incontables al servicio de los que no cuentan. Ser Justo es una cuestión de intensidad, no de cantidad. Tal vez les corresponda a otros, a nosotros, dar testimonio de este poder, y decir lo que tiene de admirable y de afortunado, decir que es una política, otra política distinta a la de la fuerza, pero aún así una política, y tal vez la única que honra a la *polis*. Sin embargo, no parece que haya que esperar de los Justos que formen un sindicato o un partido, ni siquiera una asociación, ni una federación secreta, o un comité invisible. Tampoco parece adecuado que se conecten entre sí en una red organizada de todos los que ayudan. No, porque su arma, que es lo contrario de cualquier arma, es la confianza. En el momento en que una de nuestras impotencias, dentro de las redes de ayuda a los exiliados, parece ser la dificultad de cooperar y de confiar en las acciones de unos y otros que parecen justas para algunos, insuficientes para otros o incluso demasiado “colaborativas” tal vez hay en esta política de confianza una fuerza liberadora.

¿Qué confianza tienen los Justos? Obviamente, no se trata de una confianza en sí mismos, porque la determinación no elimina la duda. Confían en el encuentro y en los exiliados que encuentran. Esta confianza es tanto la que depositan en todos estos exiliados como la que reciben de ellos a cambio y que, a su vez, refuerza su certeza de que es posible y necesario actuar bien. Tener confianza es experimentar la igual humanidad del otro y de mí mismo; es experimentar y actuar la igualdad. Es también apostar por el otro: postular una igualdad entre él y yo, y concederle la capacidad de reconocer en mí a quien reconoce en él nuestra común igualdad. Esta apuesta, se suele decir, es un riesgo y la confianza sería un regulador de este riesgo. Esto es sociológicamente correcto, éticamente inconsistente y políticamente incorrecto. Es cierto que nuestra capacidad de asumir riesgos aumenta en proporción a la confianza que tenemos en una situación determinada. Pero también es cierto que si la confianza fuera un mero cálculo, no tendría ningún significado ético: si lo tiene, es precisamente porque evita esta economía. Por último, es notable que la confianza concedida al extranjero en tránsito es precisamente una apuesta por la igualdad que no se basa en ninguna inversión, en ninguna ganancia, en ningún beneficio, sino solamente en un postulado político: la alteridad es una prueba de igualdad. Lo que los Justos de Calais hacen realidad

gracias a la confianza que tienen, conceden y reciben, es una sociedad de estricta igualdad, la de una fe compartida con los extranjeros en que un mundo común no sólo es posible, sino que ya existe, y que basta una sonrisa para hacerlo realidad. Cualquiera que sea la forma en que se formule para cada persona, este postulado de igualdad es para nosotros, que lo observamos, una fe en la política, porque en la hospitalidad dada a los exiliados se afirma una extranjería mutuamente aceptada y constructiva, que se ha convertido en nutriente de una sociabilidad cosmopolítica.

Esta sociedad de los Justos denuncia a su manera el estado de emergencia que desmantela a toda sociedad, vuelve inaceptable la hospitalidad y veda toda política. A la fantasía policial de un intolerable "asentamiento" de los exiliados en la costa del Canal de la Mancha, responde con un desmentido discreto pero irrefutable: siempre habrá ciudadanos que acojan a los extranjeros, que reconozcan los beneficios de la extranjería, que valoren más la igualdad que la nacionalidad, que prefieran el comercio de almas al comercio de bienes, y que deseen crear una sociedad en lugar de esforzarse por destruir los refugios. Gracias a ellos, se sigue permitiendo una política de hospitalidad en contra de los abusos de la policía que trabaja cada noche para negarla. Gracias a ellos, Calais sigue siendo una ciudad, es decir, sigue siendo hospitalaria.

Traducción de Camila Cuello y Julia Smola